



Paz y Bien

BOLETÍN MENSUAL DE LA ORDEN MÍNIMA FRANCISCANA

JULIO DE 2015

Número 161

Donativo \$7.00 M.N.





Santa Ana Madre de la Santísima Virgen María

No se puede formar un concepto más noble, más elevado ni más cabal del extraordinario mérito de las heroicas virtudes y de la sublime santidad de Santa Ana, que diciendo que fue madre de la Madre de Dios. Esta augusta cualidad comprende todos los honores, excede todos los elogios; y así como el mismo Espíritu Santo no pudo decir cosa mayor de María, que decir que de Ella nació Jesús: *de qua natus est Jesus*: así también no es posible elogio más glorioso de Santa Ana que afirmar que de ella nació María Santísima.

Santa Ana, a quien los Santos Padres apellidan el consuelo de los hijos de Dios que suspiraban por la venida del Mesías, nació en Belén de la tribu de Judá, a dos leguas de Jerusalén, llamada comúnmente en el Evangelio, Ciudad de David, por haber nacido en ella este Monarca. Tuvo por padre a Matán, sacerdote de Belén, de la tribu de Leví y de la familia de Aarón, que entre los judíos era la familia sacerdotal. Su madre se llamó María, de la tribu de Judá, ambos muy recomendables por su nacimiento, por su notoria

bondad y por su ejemplar virtud.

Tuvieron tres hijas: la primera, que se llamó María, se casó con Cleofás y fue madre de Santiago el Menor, San Judas, San Simeón y San José Barsabás. La segunda fue Sobé, madre de Santa Isabel, y la última fue Santa Ana.

Luego que nació Ana se reconocieron en ella especiales y distinguidas gracias que anuncian y forman a los grandes santos, siendo todas las delicias de sus padres. Se descubrió en ella un fondo de juicio, de prudencia, de modestia y de virtud, con cierto carácter de capacidad y madurez, que igualmente la hizo amable que admirable.

Entregada a la oración, comenzó a gustar de Dios desde sus primeros años, no pensando en otra cosa que en servirle y en agradarle. La pretendieron por mujer los más nobles de toda la nación, y sus padres escogieron entre todos a Joaquín, que vivía en la ciudad de Nazaret, y era de la real casa de David, con cuyo enlace se unió la familia sacerdotal con la real: circunstancia indispensable para que la madre del Mesías pudiese nacer de este matrimonio.

Aquellas mismas virtudes que tanto habían resplandecido en Santa Ana siendo soltera, brillaron con nuevo esplendor en ella cuando se vio esposa del hombre más santo que se conocía en el mundo a la sazón. No hubo matrimonio más feliz: en ambos esposos reinaban las mismas inclinaciones, el mismo amor a la virtud, la misma inocencia y la misma pureza de costumbres; porque la misma mano que había formado aquellos dos corazones, los unió con el dulce vínculo del más casto y del más perfecto amor.

Joaquín ofrecía incessantes oraciones y sacrificios al cielo para acelerar la redención de Israel, y Ana en el retiro de su

casa se sacrificaba continuamente al Señor en el fervor de su oración.

Habían transcurrido más de cuarenta años que estaba casada Santa Ana sin haber tenido sucesión, esterilidad que entre los judíos se reputaba por cierta especie

de oprobio, con alguna nota de infamia, porque asegurados de que el Mesías había de nacer de una mujer de la nación, consideraban en las infecundas como un linaje de reprobación, o de maldición de la familia. Vivía Santa Ana en esta triste humillación, sin esperanza de salir de ella a causa de su avanzada edad. Mas no dejaba de mirar con una santa envidia a aquellas dicho-

sas mujeres que algún día habían de tener afinidad con el deseado Mesías.

El Protóevangelio de Santiago cuenta que los vecinos de Joaquín se burlaban de él porque no tenía hijos. Entonces, el santo se reti-

ró cuarenta días al desierto a orar y ayunar, en tanto que Ana (cuyo nombre significa “gracia”) “se quejaba en dos quejas y se lamentaba en dos lamentaciones”. Cuando Ana se hallaba sentada orando bajo un laurel, un ángel se le apareció





Ana se vio libre de la ignominia de su esterilidad, sintiéndose en cinta de la Santísima Virgen. Se llenó el cielo de admiración y de alegría, viendo en la tierra aquella dichosísima criatura concebida sin pecado, y más agradable a los ojos de Dios en el primer instante de su concepción, que todos los santos juntos en el último momento de su vida. Siendo depositaria de este precioso tesoro por espacio de nueve meses, ¡de cuántos favores celestiales sería enriquecida Santa Ana! ¡Qué fervorosos afectos no inflamarían su corazón mientras llevaba en su vientre a la que había de llevar en el suyo al Salvador del mundo!

y le dijo: “Ana, el Señor ha escuchado tu oración: concebirás y darás a luz. Del fruto de tu vientre se hablará en todo el mundo”. Ana respondió: “Vive Dios que consagraré el fruto de mi vientre, hombre o mujer, a Dios mi Señor y que le servirá todos los días de su vida”.

Lo mismo fue revelado a San Joaquín por un ángel, y la tradición relata cómo los dos santos esposos, en busca mutua, se encontraron en la Puerta Áurea y se comunicaron su recíproca dicha.

Pocos días después



Fue el colmo de este gozo el nacimiento de la bienaventurada Hija. Se comunicó a la familia la alegría del cielo, y fue como presagio de lo que aquella Niña había de ser.

Santa Ana había ofrecido a Dios consagrarle en el templo el fruto que la diese, y llegado el tiempo de cumplir su promesa, la cumplió. Condujo ella misma a su querida hija al Templo de Jerusalén, y entregándose-la al sacerdote, consagró a Dios aquella criatura que tan singularmente había nacido para solo Él. Hasta entonces no había visto el templo ofrenda tan preciosa ni víctima tan pura.

No pudiendo Santa Ana y San Joaquín alejarse de una hija tan querida, que era todo su consuelo, se vinieron también a vivir a Jerusalén en una casa cercana al mismo templo. San Joaquín sobrevivió poco al sacrificio que habían hecho de su hija, y se dice que pocos días des-

pués murió dulcemente entre los brazos de Santa Ana, lleno de días y de merecimientos, a los ochenta años de edad.

Los que restaron de vida a nuestra Santa los pasó en mayor retiro y con mucho aumento de fervor, siendo su vida una continua

oración. Abrasado su corazón con las puras llamas del amor divino, sólo suspiraba por el único objeto de sus ansias, que era su Dios, su soberano bien y su último fin. Se llegó el término de su santa vida, y habiendo tenido el consuelo de ver crecer a su amada Hija en sabiduría, en virtud y en todo género de perfecciones, al paso que iba creciendo en



edad, entregó suavemente el alma a su Creador a los setenta y nueve años de su edad, siendo enterrada junto a su esposo San Joaquín. Llama la Iglesia dulce sueño a la muerte de Santa Ana, para dar a entender la tranquilidad con que expiró.

Oración a Santa Ana



Gloriosa Santa Ana, dignísima madre
elegida por Dios para llevar en tu seno
a la Reina de los Cielos,
quiero honrarte con especial devoción.

Te escojo,
después de la Santísima Virgen,
por mi madre espiritual
y protectora.

Te encomiendo mi alma
y mi cuerpo, todos mis intereses

y necesidades espirituales,
temporales y los de mi familia.
Te consagro mi mente y corazón,
para que en todo se guíen
por la luz de la fe;
para que se conserven
puros y llenos de amor a Jesús,
a tu Santísima hija María,
a San José, a San Joaquín
y a ti misma;
y mi voluntad para que,
como la tuya,
esté siempre conforme
con la de Dios.



Buenísima Santa Ana,
desbordante de amor
para cuantos te invocan
y de compasión
con los que sufren,
confiadamente me pongo
ante ti,
por tu gran bondad
y poder ante el Señor,
y sabiendo que escucharás
mis súplicas,
te ruego me concedas
este favor especial:





Por el privilegio
 y la gracia con que Dios
 te ha bendecido
 extiende tu mano
 y ayúdame.
 Te pido sobre todo,
 misericordiosa Santa Ana,
 me ayudes a dominar
 mis malas inclinaciones
 en mi estado de vida
 y a practicar las virtudes
 que me sean más necesarias
 para mi salvación.

Hacer la petición

Te suplico recomiendes
 mi solicitud a tu Hija,
 la Santísima Virgen María,
 para que ambas,
 la presentéis a Jesús
 y por tu valiosa intercesión
 vea cumplido mi deseo.

Pero si lo que pido
 no fuere voluntad de Dios,
 obtenedme lo que fuere
 mayor bien para mi alma.



Como tú, haz que yo logre,
por el perfecto amor a Dios,
ser para Él en vida
y en muerte,
que después de haberle
amado y honrado
en la tierra,
con verdadera entrega
y devoción de hijo,
pueda tener el privilegio
de amarlo y honrarle
en el Cielo
con los ángeles y santos
por toda la eternidad.

Bondadosísima Santa Ana,
madre de Aquella
que es nuestra vida,
muestra tu dulzura



y dame esperanza,
intercede ante tu Hija,
para que yo alcance
la paz y la salvación eterna.
Así sea.





Vestir con Dignidad



Continúa del número anterior del libro escrito por la Sra. Colleen Hammond

Capítulo 4

Diseños contra la modestia y la respuesta católica (Continuación)

El 12 de enero de 1930, la Sagrada Congregación del Consejo (ahora llamada la Congregación para el Clero), por orden del Papa Pío XI, publicó una Carta a los Obispos que exhortaba a los obispos, sacerdotes, religiosas, maestros, padres de familia, etc., a exigir la modestia a todos sus subalternos. El documento concluye con estas palabras:

“A las señoras y señoritas vestidas inmodestamente, se les negará la Sagrada Comunión y fungir como madrinas de Bautismo y Confirmación; es más, si la ofensa es grave, hasta se les puede negar la entrada en la iglesia.”

Instrucciones detalladas sobre la modestia en el vestir para mujeres fueron publicadas el 24 de septiembre de 1928 por el Cardenal-Vicario (Vicario General) del Papa Pío XI en Roma, Basilio Cardenal Pompili:

“Recordamos que un vestido no puede llamarse decente

si lleva un escote de más de dos dedos debajo de la garganta, que no cubre los brazos a lo menos hasta el codo, y que apenas cubre las rodillas. Además, los vestidos de géneros delgados tampoco son propios.”

El Papa Pío XII (1939-1958) continuó la Cruzada de la Modestia durante su pontificado. En una alocución del 22 de mayo de 1941 a las jóvenes católicas durante la Segunda Guerra Mundial, les amonestó a no admitir modas que hasta entonces habían vestido sólo “mujeres de dudosa virtud”. Sus palabras son un sobrio recuerdo de que la Iglesia es celosa de la salvación de las almas:

“Numerosas mujeres piadosas y creyentes...al aceptar modas indecorosas, quiebran, con su ejemplo, la resistencia de otras muchas mujeres a tales modas, que les pueden causar una ruina espiritual. Mientras estas provocativas prendas sean propias de mujeres de dudosa virtud, las mujeres buenas no deben atreverse a usarlas; pero

una vez que estas modas han sido aceptada por las mujeres de buena reputación, las mujeres decentes pronto seguirán su ejemplo y serán llevadas por las olas a un posible desastre.”

Los obispos canadienses continuaron el asunto en la primavera de 1946, esta vez amonestando a los hombres de vestir de camisa en público – aun en la playa – y evitar los pantalones apretados.

Coco Chanel volvió a aparecer en el mundo de las modas en 1954 y volvió a introducir sus inventos de 1930.

En el verano de aquel mismo año el Papa Pío XII, declaró:

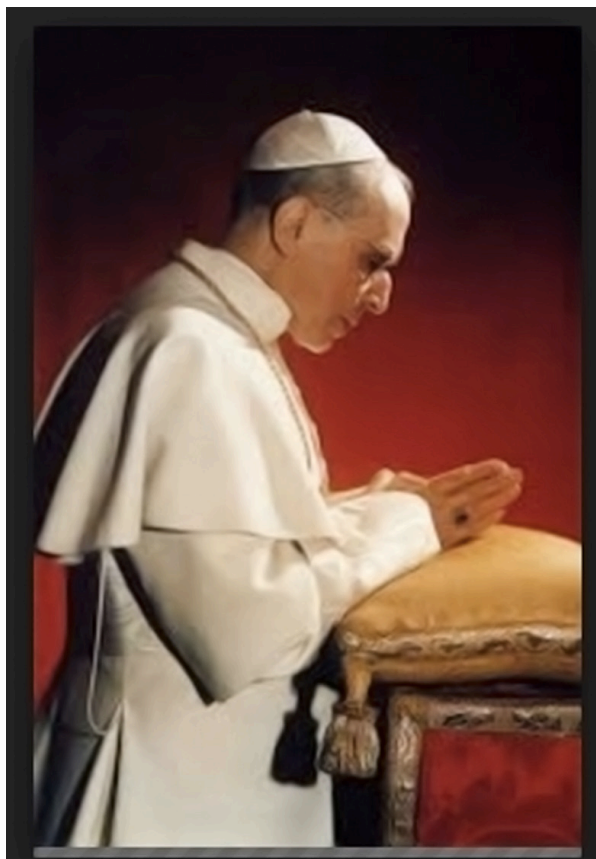
Ahora muchas jóvenes, como borregos, no ven nada malo en seguir ciertas modas desvergonzadas. Ciertamente sentirían vergüenza si pudieran saber la impresión que causan y los sentimientos que despiertan a los que las ven.”

El Papa Pío XII advirtió a las mujeres que, si ciertas modas eran ocasión de pecar para otros, era su deber no usarlas. También amonestó a las madres de familia a que ase-

guraran un modesto vestir en sus hijos. ¡El mismo consejo pudieran aplicarse hoy y siempre!

“El bien espiritual es más importante que el bien corporal, y tenemos que preferir el bien espiritual de nuestro prójimo a nuestra propia comodidad... Si cierta manera de vestir constituye una grave y próxima ocasión de pecado, y pone en peligro la salvación de tu alma y la de otros, es tu deber cambiarlo.

“Oh madres cristianas, si supie-





do por completo el juicio respecto a las modas de hoy? ¿Han sido manipuladas por quienes las fabrican o para sus hijas tengan popularidad?

Cualquiera que sea la razón, una comentarista toca la llaga del asunto:

“La triste verdad es que muchas de las jóvenes y jovencitas se visten como mujeres de la calle. ¿Cómo es que esto sucede?

¿Cómo? Porque sus padres las dejan.

Vemos los hechos: La mayoría de

ran qué futuro de ansiedades y penalidades, de dudas mal suprimidas, de la vergüenza que preparan a sus hijos e hijas, al permitirles imprudentemente acostumbrarse a vivir malamente vestidos y hacerles perder el sentido del pudor y modestia, tendrían vergüenza y temerían el daño que se hacen a sí mismas, el daño que causan a esos hijos que el Cielo les ha confiado para que los eduquen cristianamente.” (Pío XII, 1941)

Trágicamente, algunas madres de hoy permiten a sus hijas vestirse a la moda. ¿Han perdi-

las jóvenes de 12 a 16 años no tienen dinero a su disposición, a menos que sus padres se lo den. Y casi es la mamá que felizmente lleva a sus hijitas al centro comercial a un día de compras. ¡Es cierto! Que las niñas se visten según sus mamás las dejan.

Las mamás deben proteger a sus hijas, enseñarlas a valorarse a sí mismas y a sus cuerpos. ¿Qué chance tiene una niña de preservar intacta su niñez y su inocencia cuando su misma madre es la que la lleva a la tienda a comprar las “falditas,” los “pantaloncitos de mezclilla” y las blusitas escotadas?

Y ¿desde cuándo comenzaron los padres de familias a permitir a sus preciosas hijitas vestirse como mujeres galantes?” (Rebecca Hagelin, 2005)

¿No entienden los padres de familia que las mujeres galantes en 1950 no se vistieron como ahora las muchachas se visten para ir a la tienda?

Volvamos al año 1950.

El Papa Pío XII declaró que las mujeres son la fibra moral de la sociedad. “La sociedad revela lo que es por la ropa que viste,” dijo Pío XII en 1954. “...Ha prevalecido una moda indigna e indecente de vestir,” sin distinción de lugar, “en las playas, en el campo, en las calles, etc. El vicio es necesariamente la consecuencia de la desnudez”. (The Fatima Crusader, 1954)

El Papa no fue el único que tuvo algo qué decir sobre la decadencia en el vestir. La ropa ordinaria cada día llevaba menos y menos tela, que ir a la playa se convirtió en un nuevo pasatiempo que alcanzó popularidad rápidamente. En 1959 el Cardenal Pla y Daniel, Arzobispo de Toledo, España, declaró:

“Un especial peligro a la moral se representa por el baño público en las playas... Baños mixtos

entre hombres y mujeres, que casi siempre son ocasión próxima al pecado y al escándalo, se deben evitar.”

El Cardenal simplemente hacía eco y reforzaba lo que los Emperadores Romanos sabían hace dos mil años: que los baños mixtos llevan a la promiscuidad. ¡Esto está muy lejos de donde se encuentra nuestra cultura hoy en día!, ¿no?

El Cardenal Siri de Génova, Italia, escribió una carta en 1960 titulada “Una Notificación Respecto a la Ropa Masculina Vestida por Mujeres”. Él expresó su preocupación por el hecho





de que al vestirse de pantalones, las mujeres imitaban, y competían con los hombres. Además, que esto despertaría en las mujeres las actitudes de los hombres y cambiarían sus gestos, actitudes y comportamiento.

Todas las mujeres que conozco reconocen que cuando se visten de vestido, se mueven y se comportan diferente que cuando se visten de pantalones.

Una historia sobre el Santo Padre Pío y las modas de las mujeres, la relata Anne McGinn Cillis, una canadiense e hija espiritual del Santo. En su libro “Recuerdos de una Hija Espiritual,” la Señora Cillis escribe:

En abril de 1963 tuve la oportunidad de entrevistar, en San Giovanni Rotondo, a una mujer canadiense, de descendencia italiana y de perfecto habla italiano, a quien el Padre Pío

había negado la absolución en la Confesión porque vende pantalones y conjuntos de pantalones en su tienda en Vancouver.

Él le mandó que a su vuelta a Canadá desechara toda esa ropa y que no diera nada de ella a quien la pudiera usar, y que si quería su absolución, podría regresar a Italia a recibirla, solamente después de haber cumplido su mandato.

La alternativa era, que podría tratar de conseguir la absolución en otra confesión, de regreso a Canadá, pero que él, Padre Pío, sabría si había cumplido o no lo que le mandó.

¿Cómo reaccionó la dueña de la tienda? ¿Como si le hubiera caído un rayo! con las palabras del Padre Pío. Sin embargo, decidió hacer lo que él le había ordenado. Efectivamente, expresó una vigorosa determinación de

cumplir las instrucciones del Padre Pío. En su libro, la Sra. Cillis dice cómo el Padre Pío también era muy firme respecto a la modestia de los varones y jóvenes, pero que particularmente era duro respecto del vestir de pantalones de las mujeres.

El Santo Padre Pío no dejaba entrar al confesionario a las mujeres que traían vestidos cortos. Sobre la puerta de la iglesia se lee esta inscripción:

Por explícito mandato del Padre Pío, para entrar en el confesionario las mujeres deben traer vestidos a lo menos ocho pulgadas debajo de la rodilla. Está prohibido pedir vestidos prestados en la iglesia con el fin de poder entrar al confesionario.

Un autor comentó que mientras los diseñadores de modas subían las faldas más de ocho pulgadas arriba de la rodilla, el Padre Pío advirtió a las mujeres que llevaran faldas ocho pulgadas debajo de la rodilla.

Hemos visto cómo en el curso de los años, la Santa Madre Iglesia ha tratado de educar y advertir a los fieles sobre las modas y sobre la gravedad del vestir y de la conducta inmodesta y sin dignidad.

Tenemos pruebas ahora de que las modas de hoy son el fruto del plan de quienes trabajan por la total destrucción de la sociedad cristiana. Pero también

hemos sido avisados del camino a tomar. Depende de nosotros hacer uso de nuestra libre voluntad y decidir qué hacer para nuestras familias y nosotros mismos. Ya que las modas de las mujeres han caído en el olvido, muchas de ellas han perdido el sentido de lo que significa ser femenina. Ciertamente no significa ser fina y delicada.

Entonces, ¿qué es la femineidad?

Capítulo Cinco

Retorno a la Femineidad

Ser femenina no quiere decir tímida, tonta, incompetente ni desconfiable. No quiere decir que tienes que andar con ropa que lleva listones, moños o encajes.

Al contrario, nuestra femineidad es un encargo de Dios. Así nos creó Dios. Es un sello que Él nos ha impreso profundamente, y que se manifiesta por la manera en que hablamos, actuamos y vestimos.

No fuimos creadas hombres. Fuimos creadas para ser ¡mujeres! Y debemos ser mujeres fuertes – de acuerdo con la voluntad de Dios sobre nosotras. ¿Cómo?

“Cuando una mujer es femenina, tiene la fortaleza que Dios le da. Pero cuando no lo es, sólo tiene la fortaleza que



dos ojos, podemos ver ¡una hermosa tri-dimensional imagen del mundo!

Es lo mismo en el matrimonio. El esposo y la esposa tiene cada quien su vista del mundo y hacen su propia y única contribución al matrimonio. Al mismo tiempo cooperan entre sí y no deben tratar de dominar sobre el papel del otro.

“La humanidad no puede cumplir su misión solamente de manera masculina

ella misma se da.” (Cardenal Siri.)

Al tratar de borrar las divinemente creadas diferencias que existen entre el hombre y la mujer, nuestra cultura ha logrado destruir la integridad de ambos.

La Iglesia enseña que el hombre y la mujer son iguales en dignidad, pero separados en sus papeles y funciones, y que éstos se complementan.

Es parecido a nuestros dos ojos. El ojo izquierdo ve el mundo de un ángulo. El ojo derecho ve el mismo mundo, pero un poco diferentemente. Sin embargo, cuando usamos los

ni la puede cumplir de manera solamente femenina.” (Angelus Press, 1999) Es la balanza de masculinidad y de femineidad que nos ayuda a obtener fines comunes. Y no sólo en el matrimonio existe esta balanza. San Francisco de Asís y Santa Clara se soportaron en la fundación de la Orden Franciscana, así como San Francisco de Sales y Santa Juana Francisca en la fundación de la Orden Visitandina y los hermanos San Benito y Santa Escolástica en la fundación de la Orden Benedictina.

(Continuará)